

a menos a una familia que alcanzó tiempos mejores. En todas sus obras patrióticas e históricas, como el *León de Flandes* o el *Burgomaestre de Lieja*, o sentimentales, como *Rosa la Ciega*, el *Demonio del Dinero*, *Rike, tike, tak*, o *Qué dicha la de ser rico*, etc., hay interés, espíritu fino de observación y cuadros maestros, de atractivo y naturalidad.

Algunos creen que las obras destinadas a vivir son sólo aquellas en que domina una idea universal, en que, saliendo de la región, el pensamiento abarca un horizonte extenso, y en las que el cerebro desempeña un papel más importante que el sentimiento. Así, para ciertos críticos, la obra de Mæterliack tendrá lectores más duraderos que la de Conscience, y su nombre significará más en la literatura europea. Pero aun dando esto por cierto, en su país habrá hecho éste obra más patriótica y duradera que el otro; y Conscience es hoy para Bélgica lo que Víctor Hugo para Francia: simboliza la patria, en sus obras estudia el pueblo su propia fisonomía y ven sus conciudadanos el espíritu nacional; y las deliciosas narraciones históricas y de costumbres de Conscience comprueban el sentimiento de que hay un idioma y una literatura nacionales, que necesitan cultivo para darles mayor esplendor.

JUAN A. ZULETA.

EN LOURDES

I

Cuándo me figuraba, ¡oh Madre mía!
Cuando en Colombia con amor leía
El libro de Lasserre,
Y me embriagaba en su perfume suave,
Hoy de la orilla del hermoso Gave
Sus maravillas ver.

Cuándo pensé la misteriosa gruta
Poder mirar, do el orbe te tributa
Su ternura y amor;

Y aquí estoy a tus plantas de rodillas,
Y tú en el nicho de la piedra brillas....
Oh Madre del Señor.

La blanca estatua que la fe donara
Se halla en el sitio que tu planta hellara,
Que vio tu pura faz;
Y allí no cesa la oración en tanto,
Porque al mirarte se detiene el llanto,
Se recobra la paz.

Sobre el granito de la cueva santa
La Basílica espléndida levanta
Su edificio sin par;
Y del cuadro que obtienen mis deseos
Son el marco los altos Pirineos,
Que no puedo olvidar.

Embalsama tu boca el blanco lirio
Y ante tus aras se consume el cirio....
¡ Ah! ni flores ni luz
Jamás te faltarán, Señora amada,
Que dijiste: Yo soy la Inmaculada,
La Madre de Jesús.

Del Gave azul las apacibles ondas,
Los verdes cerros, las espigas blondas,
El frondoso rosal,
La margarita que el collado alfombra....
Todo parece repetir tu nombre,
Oh Reina celestial.

Tus preces canta el murmurante río,
Las repite la brisa del estío,
Las pinta el ababol....
Sobre el zafiro del brillante cielo,
Como ascua de oro en azuloso velo
Las ha bordado el sol,

Yo de hinojos al pie de tu santuario,
Mientras rezo el dulcísimo rosario
Que complace tu amor,
Recuerdo sin cesar esas palabras
Que aquí dijiste y con las cuales labras
Las glorias del Señor....

II

“¿Quieres hacerme el favor de venir todos los días?”

Tú dijiste esas palabras
A la humilde Bernardita,
Tú pediste como gracia
Lo que ordenarle podías.
¿Qué viste en esa pastora
Pobre, ignorante y sencilla,
Que te moviera a otorgarle
Tal merced y tales dichas?
¿Qué viste?... Mas la respuesta
La adivino, Madre mía:
Viste la inocencia blanca,
Viste la pureza linda,
Viste la humildad fragante
De esa violeta escondida,
Y esas fueron las virtudes
Que practicaste tú misma,
Las que siempre recompensas,
Las que en las almas descifras,
Comprendo, pues, que invitaras
Durante diez y ocho días
A postrarse en tu presencia
Aquella cándida niña.

Mas en mí, Madre, que viste
Que así te moviera un día
A decirme, desde Lourdes
Hasta la América misma:

“Vén a verme, aquí te espero,
Vén a mi gruta bendita.”
¡Oh dulce Virgen! colmada
De santidad sin mancilla,
Vén, me dices, y contépla
Las célicas maravillas
Que en mi recóndita Gruta
El orbe atónito mira.
Vén y bébe en esta fuente,
Sumérgete en la piscina,
Y que en sus místicas ondas
Encuentres la fuerza invicta
De cumplir con mis preceptos
Y de enmendarte algún día.

Aquí me tienes, ¡oh Madre!
Prosternada de rodillas
En el sitio venturoso
Que ocupaba Bernardita.
Tén piedad de aquesta pobre
Que, aunque miserable, es hija
De una Madre poderosa
Que allá en los cielos habita,
Tú, que me llamaste, dame
La medicina ofrecida.
Que no se diga en el mundo
Que alguna vez inaudita
Del pecador desoliste
La desolada porfía,
¡Oh santa Virgen de Lourdes,
Oh esperanza de mi vida!

III

“Penitencia, penitencia, penitencia”

Numerosos devotos peregrinos
Llenaban de la Gruta la explanada,

Como llena una cándida manada
De ovejas las praderas y caminos.
Sus preces a la Virgen ofrecían
Y derramaban a sus dulces plantas
Súplicas tiernas y oraciones tantas
Que hasta su trono celestial subían.

Ante la verja, pálidas y yertas,
Cual flores del otoño ya marchitas,
Dos enfermas, dos niñas, pobrecitas!
Se encontraban, de mantas encubiertas.
La multitud, al observarlas triste,
De compasión y caridad lloraba....
Concluyendo un rosario, otro empezaba,
Que mucho alcanza el corazón que insiste (1).

Sube al púlpito entonces el misionero
De venerable edad, de faz serena....
Mira la santa y pintoresca escena
De fe, de caridad, que aquí refiero....
Levanta en cruz sus fervorosas manos,
Y los acentos de su voz mejores
Exclaman: “por los pobres pecadores
Supliquemos sin tregua, mis hermanos.”

“Los enfermos del cuerpo aquí en la tierra
Son apenas la mística figura
De aquellos que a eterna sepultura
Lleva el pecado que su seno encierra.
¡Penitencia! La Virgen sacrosanta
Dijo tres veces a la niña un día....
Llorad vosotros, cual lloró María
Por el que nunca su oración levanta.”

(1) Amas fueron curadas en esa peregrinación.

Escuchábamos todos.... El Calvario
 Derramaba en su voz sagrado anhelo;
 Y en cruz los brazos elevaba al cielo
 Cada cual en el rústico santuario.
 ¿Quién no era pecador? ¿En qué conciencia
 No repitieron las pasadas horas
 Sus culpas mil, y en frases vibradoras
 No exhortáronla a activa penitencia?

¡Oh *Penitencia!* de los santos huella,
 Quien nos hiciera comprender un día,
 Cual un Pedro de Alcántara lo hacía,
 La paz tan dulce que se encuentra en ella.
 Tú que la Virgen invocaba en Lourdes
 En favor de los pobres pecadores,
 Tú su futuro galardón de flores
 Sobre la frente de los justos urdes.

IV

"Quiero ver procesiones en este sitio"

Las preces del rosario concluyeron,
 Las ocho de la noche lentas vibran,
 Se aglomeran los fieles en la Gruta
 Y empieza ya la procesión bendita,
 Que multitudes de curiosa gente
 De cerca y lejos asombradas miran.
 Los peregrinos — que en la mano llevan,
 Cual símbolo de fe, cera encendida,—
 Subiendo van el empinado monte,
 Las mil lazadas de la roca altiva,
 Con lento paso y fervoroso aspecto,
 Formando larga, interminable fila.
 Cada parroquia el respectivo cura
 Conduce, como en épocas antiguas
 Los obispos sus diócesis enteras

Supieron conducir a Palestina,
 Y sus banderas y estandartes ricos
 Al viento leve de la noche oscilan.

Mil cordones de luces brilladoras
 Esmaltan el verdor de la colina,
 Ya apareciendo en los recodos varios,
 U ocultos ya por la floresta umbría,
 Ya reflejadas como puntas de oro
 Del Gave azul en la espumosa linfa....
 Las vidrieras también iluminadas
 De los conventos de la opuesta orilla
 En esmeraldas convertir parecen
 Y con los bellos astros que en los cielos
 Se dijera que Lourdes rivaliza.

Y ora escuchad las voces que a millares
 Entonan con pausadas armonías,
 Como un inmenso, universal concierto,
 De la Madre de Dios las preces dignas.
 Cada parroquia y separado grupo
 Su diferente cántico designa
 Y en el PATUÁ de su comarca narra
 La historia sin igual de Bernardita.
 Van pasando en hilera uno tras uno....
 "¡Virgen del cielo!" sus acentos vibran,
 "Señora nuestra, poderosa Reina!
 No desatiendas nuestra voz sencilla.
 Tén piedad de la Francia, algunos claman;
 Tén compasión de nuestra patria altiva."
 Y un acorde y dulcísimo estribillo
 De aquestos himnos el rumor domina.
 Se extiende por los montes y los valles,
 Mézclase al soplo de la tenue brisa,
 Y es la frase más dulce que se ha oído,
 Es el nombre más tierno: *Ave María.*

¡Mirad!.... la procesión ya desemboca
 Detrás de la Basílica.... Las filas
 De peregrinos y de luces bajan
 Sobre las rampas de las dos orillas,
 Y a la pradera, a las estatuas bellas
 Circundan con sus vueltas serpentinas.
 Mirad!.... las olas de los fieles siguen
 Su marcha y su piadosa rogativa.
 Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos
 Y religiosas de órdenes distintas,
 Sacerdotes y monjes, ricos, pobres,
 Padres y madres con sus tiernos hijos,
 Todos los gremios y sociales clases
 Representa la inmensa comitiva;
 Muchos vinieron de distancia larga
 Y, pasando por valles y colinas
 A pie, cercados de sus varios niños,
 Llegaron muy temprano en ese día,
 Sin dinero, sin otras provisiones
 Que un pedazo de pan y el agua misma
 De aquella fuente prodigiosa y clara
 Que excavó con sus manos Bernardita;
 Y sin embargo, los continuos rezos
 De esa tarde, postrados de rodillas,
 El cansancio del viaje.... todo es poco
 Para su fe, su devoción bendita....
 La fatigosa procesión completa
 Las múltiples labores de ese día,
 Pero suben y bajan sin quejarse
 Las altas rampas de la roca erguida,
 Y cantan de la Virgen las plegarias
 Hasta que roncas en su labio expiran.
 Dentro de poco los veréis que vuelven
 A su pueblo, por grupos y familias,
 Sin descansar y sin que nadie crea
 Que hubo mérito alguno en la visita.

Pues tal es el amor que te profesan
 Tus fieles hijos, celestial María.

Mas ya regresan.... de pausadas voces
 Se acerca ya la suplicante rima,
 Y en rededor de la explanada extiende
 La procesión sus ordenadas filas.
 Hacia la iglesia del Rosario marchan
 Unas tras otras, y en las gradas mismas
 Del atrio se columbran por centenas
 Como en rubios trigales las espigas
 Cuando en montón el segador las forma
 A la falda gentil de la colina.
 La exhortación del sacerdote escuchan,
 Y luego, en el momento que él indica,
 El unánime "*Credo un unum Deum*"
 Brota del labio y en los aires vibra,
 Como el acto magnífico, espontáneo
 Que marca el fin del bendecido día.

¡Oh espectáculo aquél!.... Canto imponente
 De ese *Credo* que entonan a porfía
 Dos mil acentos poderosos, tiernos,
 En una noche de verano linda,
 Repercute en los ecos de los montes
 Y en sus abruptas cavidades vibra.
 Le oyen de lejos en el pueblo todos,
 Y el labriego y su rústica familia
 Descubren la cabeza reverente
 Y entona la sagrada melodía.
 A medida que aquesta continúa
 En la espesura se despierta y trina
 El ave, acompañando su murmullo....
 Pasa del Gave a la contraria orilla
 Ese imponente y poderoso *Credo*
 Que el ángel mismo en su celeste lira

Parece repetir.... sube en los aires,
Cual incienso que flota hacia María
Y pregonadora doctrinas religiosas
Incontrastables cual la roca misma
Que sirvió de peldaño al alto templo
Y entre la cual se levantó su cripta.

¡ Oh espectáculo inmenso, inolvidable
De todo un pueblo que en los cielos fija
La creencia inmortal que únicamente
Fuerzas le infunden en la lucha invicta!
El entusiasmo en los creyentes todos
Llena de santa y sin igual delicia,
Y entre tanto que el *Credo* así resuena
Repetámosle todos de rodillas.
Los incrédulos mismos, que asistieron
Como curiosos a la acción que miran,
Sienten llenarse sus turbados ojos
De llanto, y revivir en su alma fría
La fe inocente de sus tiernos años
Y de su madre la oración querida.
¡ De *católica* Francia son las voces
Que así protestan contra Francia *impía*!
Son las palabras que en su tiempo dijo
Montalembert con elocuencia altiva:
"Somos los hijos del cruzado, y nunca
Los de Voltaire nos vencerán un día."

BERTILDA SAMPER ACOSTA

(Hermana María Ignacia)



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico